JORDI BRIZO

# EL PERFIL

NovaCasa | Zelá

# Agradecimientos

A mis padres por ponérmelo todo tan fácil. A Jordi Carbonell (Carbo, Fryluka musical) por ser mi lector Alpha y Omega, mi pre editor en las sombras y mi «amic per sempre, lailo lailo lai- lolá». A mi pareja Gise por acompañarme en la vida y durante todo el proceso de escritura, «T'estimo!». A la correctora Núria (Nusansu), por tu trabajo invisible pero indispensable. A mi editor Joan Adell, a mi coordinadora Edith Gallego, a las correctoras de las versiones en castellano y catalán, Raquel Horta y Clàudia Colom, a Gabriela Rey por el diseño de la cubierta, a la maquetadora Elena López y a todos los demás miembros de Nova Casa Editorial por todo el currazo que os habéis pegado para que *El perfil* viera la luz y diera su mejor cara. A todas mis amistades, que siguen a mi lado, aunque solo salga de casa una vez cada solsticio. A toda la comunidad de Instagram que me arropa y me permite un espacio de expresión y curas.

Gracias, gracias, gracias.

*A Jordi Carbonell,*
*sin tu apoyo constante, nunca habría tenido la confianza*
*suficiente para emprender este viaje.*

# 1

Suenan otra vez esas tres notas musicales alegres y, como en las diez veces anteriores, les sigue una voz masculina y robotizada que repite exactamente las mismas palabras.

«Por favor, introduce tu perfil».

Abro los ojos, pero no me muevo. Sé que volverá a repetirse en unos pocos minutos —aunque quizá sean segundos y el miedo me esté haciendo percibir el tiempo más lentamente—. Sea como sea, aprovecho ese momento de espera para volver a hacerme las mismas preguntas.

«¿Quién soy?», me digo, mientras intento desesperadamente encontrar algo en la oscuridad de mi cabeza.

«No tengo ni idea», me respondo por enésima vez, con la misma certeza terrorífica que las otras veces.

Aprieto los dientes.

«¿Dónde estoy?», vuelvo a preguntarme, aunque sé que no encontraré respuesta.

«¿Cómo he llegado aquí?», me digo, seguida de una peor: «¿Dónde estaba antes?».

Esta es nueva. Y tampoco tengo respuesta para ella.

Siento el tacto de las sábanas aún por deshacer bajo mi cuerpo desnudo. Ambos detalles no ayudan a tranquilizar mi corazón, que bombea por encima de lo que necesitan mis extremidades,

rígidas por la tensión e inmóviles por el miedo. Dicen que, si cierras los ojos, potencias el resto de tus sentidos. En mi caso, cerrarlos me sirve para detectar el olor a limpio de la habitación. No es para nada el olor fresco y agradable de un lugar bien ventilado, más bien huele a limpieza de hospital o de supermercado a primera hora. A limpieza química.

¿Estoy en un hospital?

Abro los ojos de nuevo y contemplo el techo blanco.

«Por favor, introduce tu perfil».

La voz suena después de las insufribles tres notas musicales y parece provenir de una pantalla grande situada en una esquina superior del cuarto, donde aparece un cuestionario para rellenar. Me incorporo sobre los codos. En la pantalla surge un emoticono sonriente y, curiosamente, eso me tranquiliza.

Me siento descansado, en forma y con las articulaciones bien engrasadas. No tengo marcas ni heridas en la piel. Acaricio mi vientre, miro mis brazos, delgados y de antebrazos fuertes. Contemplo el vello que hay en ellos, observo mis manos y sus arrugas, muevo los dedos. Me toco la cara: el mentón, que raspa; los pómulos, angulosos; las cejas, que parecen gruesas; y mis ojos. ¿De qué color serán? Me paso los dedos por la cabeza. Tengo el cabello rizado y corto. Rígido. Pongo los pies en el suelo y el frío de su tacto me centra y me serena. Sigo en blanco, pero la habitación no me transmite peligro. No parece un lugar en el que vayan a hacerme daño. No de forma inmediata, al menos.

No es como si fuera a entrar un loco con una motosierra, vaya.

La habitación es un espacio blanco y homogéneamente iluminado. Es tan blanco que cuesta percatarse de donde termina el suelo y empieza la pared. Hay un par de armarios empotrados, apenas distinguibles, una mesa blanca con pantallas táctiles y unas estanterías vacías. Solo hay una nota de color, una planta. Un cactus, de hecho. De esto sí me acuerdo, de los tipos de plan-

ta. Me siento como si llevara solo el kit básico, recuerdo como se llaman las cosas, puedo razonar correctamente, moverme con fluidez..., pero soy incapaz de saber quién soy o dónde estaba antes de despertar en esta habitación. Localizo dos puertas ovaladas y me pregunto a dónde llevarán.

Suenan las tres notas musicales. Otra vez.

Lo que no hay, ahora que me fijo, es ni una sola ventana. Lo que ayuda a aumentar la sensación de irrealidad. Me levanto y ando hacia la pantalla de la esquina. De nuevo, reparo en mi condición física y no creo que haya pasado más de una noche dormido, ya que las piernas me responden perfectamente y no me cuesta llegar hasta la altura del cuestionario cuando la voz, masculina y firme, repite:

«Por favor, introduce tu perfil».

¿Cómo se supone que voy a hacer eso? Me fijo en los parámetros que la pantalla pide que rellene:

NOMBRE:
GÉNERO:
EDAD:
ORIENTACIÓN SEXUAL:

—¿Nombre? —digo en voz alta—. No tengo ni idea de cuál es mi nombre.

Mi voz, clara y musical, parece activar al asistente, ya que enseguida me interpela.

—«Elige un nombre» —dice con tranquilidad, mientras el apartado mencionado parpadea en la pantalla y esta vuelve a ofrecerme un emoticono sonriente.

¿Que lo elija?

Casi parece que me está pidiendo que me invente uno. No entiendo nada. En lugar de eso, paseo por la habitación y doy vueltas a mi situación actual. Si estuviera en mi casa, ¿qué senti-

do tendría que un programa me pidiera que rellenara mi perfil? ¿No estaría ya rellenado?

¿Es un juego, quizá?

No, ¡qué tontería! Si estuviera en mi casa habría cosas en las estanterías, ¿no? Y decoración, cuadros, pósteres, algo. Me paro frente al cactus. Decido que parece más un detalle de bienvenida o algo así, no algo que «me pertenezca». Definitivamente, esto no puede ser mi casa.

Abro el armario y en él encuentro ropa. Mucha ropa. Perfectamente ordenada, blanca y pulcra. Por lo menos veinte camisetas y veinte pantalones. Todos iguales, limpios y suaves. Estoy casi seguro de que es ropa por estrenar. No hay calcetines, ni zapatos. A decir verdad, ahora que llevo unos minutos de pie, creo que el suelo tiene algún tipo de autorregulación de temperatura, porque el frío que he sentido al principio ha dejado paso a una sensación agradable y templada.

Cojo una camiseta y unos pantalones y me los pongo. No veo ropa interior, pero tampoco me molesto en buscarla.

Si no es mi casa, ¿dónde estoy?

Si fuera un hospital, habría alguna máquina midiendo mis constantes, o habría algún interruptor para avisar a los médicos, o algún informe a los pies de la cama. No parece un hospital.

Llego hasta una de las puertas, que no tiene pomo, pero reacciona a mi presencia y, en cuanto estoy al lado, se abre delicadamente. Es un baño pequeño, pero con todo lo necesario: un plato de ducha, un lavabo y un retrete. Toallas blancas de distintos tamaños, jabón de manos, gel de ducha y champú para cabello rizado. Lo primero que hago es comprobar algo en el espejo.

Son castaño oscuro.

«Ojos del montón», pienso. Si tuviera que ponerme una edad, diría que unos dieciocho. Quizá veinte. La verdad es que tengo una cara de estas que es difícil de situar. Parezco un adulto de

los que tienen cara de niño o un adolescente al que le venderías alcohol sin preguntar.

—Edad —digo en voz alta, esperando que la pantalla de la habitación reaccione a mi voz como lo ha hecho antes.

Una parte del espejo se activa y aparece la misma imagen del cuestionario que salía en la pantalla de la habitación. La voz me habla a través de él.

—«Elige una edad» —me dice.

Yo me miro otra vez.

—Diecinueve —digo, sabiendo que pueden ser diecisiete o veintipocos.

—«Has elegido: ¡Diecinueve!» —celebra la voz, impostando con la presencia de un presentador de concursos mientras en la pantalla se muestran emoticonos sonrientes y se cumplimenta el apartado *edad*—. «Una edad maravillosa» —añade con un emoticono de guiño.

Salgo del baño y la puerta se cierra a mi espalda.

Decido que responder a la pregunta «¿Dónde estoy?» es imposible por el momento, pero hay otra cuestión que sí puedo aclarar ahora. Esté donde esté, hay dos opciones posibles, que me encuentre aquí por propia voluntad o que no. Y la segunda puerta de la habitación va a resolverme esa duda. Me acerco a ella y, a diferencia de la del baño, esta no se abre. Igual que la otra, no tiene pomo. Intento empujarla, arrastrarla, buscar algún tipo de mecanismo para abrirla. Nada.

Duda resuelta.

Me acerco a la pantalla de la esquina y me cruzo de brazos. Habrá que seguirle el juego si quiero averiguar algo más.

—Nombre —digo.

—«Elige un nombre».

¿Qué nombre me pega? Me pongo a pensar nombres y me doy cuenta de que todos los que pienso empiezan por a: Albert, Álvaro, Allan, Alister, Atos... Trato de cambiar de estrategia y

empiezan a bailar en mi cabeza nombres rimbombantes al estilo Maximiliano, Rigoberto o Rachmaninov.

Cuando aparece Ben Affleck decido parar.

Aunque bueno, Ben no parece un mal nombre.

—Ben —digo.

—«Has elegido: ¡Ben!» —se congratula el programa—. «Monosílabo, clásico, ¡perfecto para triunfar!».

Más caritas sonrientes y unos corazones.

Digo varias veces el nombre, para acostumbrarme a él. Juego con sus letras. Alargo la be en mis labios y la ene con la lengua. Me gusta. Podría ser el mío.

—Género —digo luego.

—«Elige género».

No tengo duda al respecto. Me doy un instante para meditarlo, para tratar de encontrar algo dentro de mí que me diga que estoy equivocado, pero la verdad es que ni mujer ni ninguna opción no binaria me resuena.

—Hombre —digo.

—«Has elegido: ¡Hombre!» —me responde con tono de circunstancia—. «¡Todo un *gentleman*!».

Emoticono de sombrero de copa.

—Sí, bueno —digo, sin saber qué responder a eso—, acabemos con el perfil. Orientación sexual.

—«Elige tu orientación sexual».

Vale, eso es un poco raro. ¿Cómo puedo saberlo?

Me muerdo el labio inferior mientras ando en círculos. Podría pensar en situaciones morbosas con otras personas para ver qué me va. Si es que me va algo. Vale, empiezo por imaginarme en una playa. Es verano, el sol pega fuerte y eso me gusta, porque me da ganas de ir al agua. Aprovecho el paseo hacia el mar para mirar disimuladamente a las otras personas que, estiradas en toallas, toman el sol, leen...

La verdad es que no me siento muy imaginativo.

Dejo de dar vueltas y me cruzo de brazos. Vamos, otro intento. ¿Por qué no voy al grano? «Tú puedes», me digo. Me centro en imaginar un abdomen escultural. Eso es, así mejor. Mi mano recorriendo los sinuosos valles de sus abdominales y luego deslizándose hasta su ombligo y más abajo y... «¡Concéntrate!», me exijo. Planto los pies en el suelo con firmeza, como si se tratara de una prueba de gran esfuerzo mental. ¿He sentido algo?, creo que sí. Suspiro y cierro los ojos. Trato de abstraerme y esta vez mi mano sube hacia el pecho. No. Pechos, ahora son unos pechos redondeados y suaves. Subo por uno de ellos y dejo que el pezón recorra el camino que le abro entre dos dedos. Parece que empiezo a sentir algo, pero una simpática nota musical me recuerda que tengo una respuesta pendiente en el cuestionario y me saca de mi ensoñación. Abro los ojos y me siento estúpido.

—Así no puedo —digo, sintiéndome observado.

—«¿Necesitas ayuda?» —me pregunta—. «Estas son las orientaciones sexuales más comunes».

En la pantalla se despliega una lista generosa: «asexual, bisexual, heterosexual, homosexual...». La lista sigue.

Descubro la opción «sin definir» y decido que, por ahora, es la mía. Lo único que quiero es terminar con el perfil y ver qué ocurre a continuación.

—Sin definir —digo.

—«Has elegido: ¡Sin definir!» —se alegra la pantalla—. «El autodescubrimiento es un camino mágico, Ben».

Ni que lo jures.

—«¡Perfil completado!» —celebra la voz.

Entonces, se abre deslizándose la puerta que antes no había sido capaz de abrir. Me giro, sorprendido.

—«Felicidades, Ben».

Me acerco al marco y observo fuera. Las luces empiezan a encenderse una detrás de otra y veo una galería larga, blanca como la habitación. A través de grandes cristaleras, puedo adivinar el

interior de algunas estancias: una biblioteca, un aula de estudio y lo que parece un gimnasio.

—«Encantado de conocerte» —dice la voz, sonando por multitud de pantallas iluminadas por todo el recinto—. «Bienvenido a Edén».

Emoticono de sol, emoticono con gafas de sol y emoticono de pulgar hacia arriba.

# 2

Avanzo por la galería con cautela. Este lugar, al que la voz ha llamado Edén, resulta ser un entramado de pasillos blancos y cristal. La obsesión de algún dios con guantes de látex, mascarilla y un espray desinfectante. Su luz es inquietantemente uniforme. Todo es tan perfecto e inmaculado que resulta aterrador. Como si acabaran de sacarlo del envoltorio.

Es absurdo, pero ahora echo en falta la ropa interior. Vestir solo estos pantalones tan finos me hace sentir desprotegido y, de alguna manera, indecoroso.

«Acude a la zona de confort».

Como si respondiera a mis dudas, se acentúan señales lumínicas en las paredes y puedo ver en ellas un sistema de líneas y colores que conducen a distintos lugares: el gimnasio, la biblioteca, la piscina, la sala de baile, la sala de potencial —¿Sala de potencial?—, y sí, también la zona de confort, de color azul.

Cada vez que paso cerca de una puerta, se enciende una pantalla informativa en el umbral —Gimnasio: ¡dale a las endorfinas!— y luego un seguido de emoticonos para que puntúe la sala y un cajetín de sugerencias. Me paro a leer y empiezan a flotar mensajes de supuestos clientes satisfechos: «Hay tantas pesas que no sabrás por cuál empezar. ★★★★», «Vine con mis hijos y les

encantó. ★★★★★», «Lo mejor es la máquina de *curl* de isquiotibiales. ¡Menudos glúteos, chico! ★★★★».

En fin.

Sigo hacia la zona de confort preguntándome dónde demonios estoy. Inicio una nueva vía de investigación. Este lugar no se parece a nada que conozca, así que pongo a prueba mis conocimientos. No recuerdo nada de mí, pero sí del mundo en el que vivo. Y también en qué año estamos: 2092.

¿Dónde encaja este lugar en el mundo que recuerdo?

Cuando subo las tres escaleras que me separan de otro nivel del Edén, escucho movimiento y me pego a una pared.

—¿Hola? —digo, alzando la voz.

—Hola, Ben —responde una voz robótica de mujer mayor, distinta a la del programa—. Acérquese, por favor, enseguida termino.

Llego a la zona de confort a tiempo de ver como un robot de forma humanoide arrastra una butaca hasta un rinconcito, al lado de una luz de lectura y sobre una alfombra con flecos. «Muy siglo xx», pienso. Toda la zona está llena de sillas, sofás, balancines, pufs y lucecitas agradables. Parece una tienda de muebles de segunda mano. ¿A qué huele?, ¿es incienso?

El robot admira la decoración con los brazos en jarra y suspira. Su cuerpo metálico está tan pulido que resplandece. Gira su cabeza para mirarme y en su cara led aparece un emoticono sonriente.

—Espero que le guste la decoración.

Yo me lo pienso.

La llamada «zona de confort» recuerda a una exposición de sofás en mitad de la nada, en lo que parece un punto neurálgico del lugar. Cinco galerías desembocan aquí y pienso que quizá sea el punto central de Edén. Observo en silencio a la artificial y me resulta un tanto extraño. No tiene rasgos sexuales y su figura de metal y polímeros sugiere un cuerpo atlético

y musculoso. Así que cuando me habla con esa voz de señora que hace ganchillo y tiene dos gatos, me resulta un tanto excéntrico.

—Bueno... —trato de no herir sus sentimientos—. Es un poco demasiado, ¿no?

—¿Demasiado? —se sorprende la máquina.

Yo miro a mi alrededor.

—¿Cuántos vamos a ser?

—No le entiendo.

—¿Cuánta gente vive aquí?

Teniendo en cuenta todos los sofás, por lo menos treinta. Y por lo que parece, con mucho tiempo libre.

—Una —dice el robot—, usted.

En su cara aparece un emoticono que guiña el ojo.

¿Solo yo?

Me siento en el sitio más cercano, que resulta ser el brazo de un sofá orejero. Mis esperanzas se rompen en pedazos y caen sobre la horrible alfombra de cebra bajo mis pies.

—¿De verdad estoy solo? —pregunto con un hilo de voz.

Siento como mi estómago se muerde las uñas y mi garganta se exprime.

—No está solo —dice la artificial—. Está conmigo.

Se me acerca con una sonrisa amable y pone su mano en mi brazo. Sus dedos articulados son suaves, aunque tengo la sensación de que podría romper mis huesos si quisiera.

—Soy su anfitriona artificial en Edén. Mi nombre es Turing —dice con voz de hacer tartas de manzana—. Entonces, ¿la decoración de la zona de confort le hace sentir solo?

—Estar solo me hace sentir solo —corrijo con acritud.

—¿Podría valorar la zona de confort, para que pueda mejorar su experiencia?

En el abdomen de Turing aparece una pantalla táctil con un seguido de emoticonos ordenados desde uno que vomita hasta

uno con corazones en los ojos, pasando por los distintos grados de tristeza y alegría.

Todo en el Edén parece tener predilección por la comunicación simbólica.

No me lo pienso y pulso al que vomita.

—Gracias por su opinión. —Turing esconde la pantalla—. ¿Alguna sugerencia para mejorarla?

—Me bastaría con una hamaca y una luz.

—¿Y no quiere un sofá de masajes de esos que dan gustito?

—Sí, vale. Por qué no...

Me dejo caer en el sofá orejero y hago tres respiraciones largas. Recuerdo que ese tipo de respiración ayuda con la ansiedad.

¿Un búnker? El pensamiento me alcanza de repente. ¿Puede que haya estallado una guerra nuclear y esto sea un refugio?

—Escucha, Turing —digo, jugando sobre el tejido del sofá con los dedos—. ¿De qué va todo esto? ¿Qué es Edén? ¿Es un refugio?

Trato de espantar el vacío que siento. Ha dicho claramente que estoy solo, pero quizá sea algo temporal. Quizá hay otros refugios iguales a este. Quizá están evacuando a la población civil en este momento y tan solo he sido el primero en llegar. Un ataque con armas químicas podría justificar mi pérdida de memoria y este lugar es demasiado grande para uno solo.

—Edén es su hogar. Un centro creado para satisfacer todas sus necesidades.

No me gusta su forma de decir *su* hogar ni *sus* necesidades.

—Turing, no recuerdo quién soy —digo—, ¿podrías ayudarme con eso?

—Por supuesto —dice ilusionada.

Yo me incorporo en el sofá. No esperaba que respondiera favorablemente.

—Usted es *Ben* —empieza, como si me contara un cuento—. Es un *hombre*. Tiene *diecinueve* años. Su orientación sexual es *sin*

*definir*. No le gusta la zona de confort, preferiría una hamaca y una luz. Y por qué no un sofá de masajes de esos que dan gustito.

Me deshincho en el sofá, que es uno de esos que te absorbe. De los que succionan tu culo entre los cojines hasta que desapareces en su interior, en esa zona oscura donde terminan las migas, los céntimos perdidos y alguna mosca muerta. Un bonito sitio donde morir.

—Ese soy yo —respondo irritado.

—Ese es usted.

—Trátame de tú.

—Como quieras, Ben.

La situación es desesperante.

Turing adopta una postura pensativa y luego hace aparecer un emoticono amable en su cara.

—Pareces contrariado, Ben —dice, altamente perceptiva—. ¿Necesitas algo para aumentar tus niveles de felicidad? ¿Un baño caliente?, ¿un abrazo?, ¿un gato, quizá?

—¿Un gato? —pregunto, extrañado.

—Quizá pueda conseguirte un gato —dice ella con una sonrisa esperanzada—. O un vídeo de uno, al menos.

—¿Cuál es la finalidad de Edén? —pregunto, esperando poder sonsacarle algo más.

—Satisfacer tus necesidades.

—¿Pero para qué?

—Para que no te falte de nada.

Saco aire, exasperado y medito bien mi siguiente pregunta.

—¿Quién ha construido Edén?

—Lo siento, Ben —dice Turing, mostrándome una cara triste—, no sé la respuesta.

Me cruzo de brazos.

—¿Para quién trabajas?

—Para ti, Ben.

—Pero ¿quién te ha programado?, ¿quién te ha construido?

—Lo siento, Ben, no sé la respuesta.

—Vale, déjalo, da igual.

Me levanto. Necesito alejarme y pensar.

—¿Así que puedo ir donde quiera y hacer lo que quiera? —pregunto.

—Hay cierto porcentaje de error en tu afirmación, pero así en rasgos generales... sí.

—Pues déjame solo.

Me alejo de la zona de confort a pasos largos.

—Si me necesitas, estaré aquí —dice Turing a lo lejos, irritantemente atenta.

Paso un buen rato paseando por las galerías. Lo primero que intento es entrar en la sala de potencial, para averiguar de qué se trata, pero está cerrada. «Otra puerta cerrada», pienso. Parece que alguien esté jugando conmigo. Me siento como un ratón en un laberinto, buscando el trocito de queso. Y la de la sala de potencial no es la única puerta bloqueada, muchas otras me niegan el paso.

Volviendo atrás, consigo entrar en el gimnasio. Me paseo entre sus máquinas último modelo, perfectamente alineadas, y por la zona de peso libre, donde las pesas de distinto tamaño me hacen pensar en muñecas rusas. Hay hasta *kettlebells*, esos pesos redondeados y con mango con los que parece que se pueda jugar a una versión hercúlea del *curling*. Doy unos puñetazos inofensivos a un saco de boxeo en un apartado con tatami azul, pero al final me decido por una elíptica que he visto al principio. Al fin y al cabo, lo único que quiero es cansarme y sudar.

En cuanto la pongo en marcha se enciende una pantallita en la que puedo escoger música y un fondo virtual que se proyecta

en los cristales que tengo delante. Pongo algo tranquilo y elijo las vistas de un arroyo en un bosque. Me da la sensación de que todas y cada una de esas decisiones acabarán engrosando mi perfil. Puedo imaginarme a Turing añadiéndolas en su lista: «Te llamas Ben, te gustan los arroyos y correr sin moverte del sitio». Me llama la atención que, a medida que pasan los minutos, el uso que hago tanto de la música como del fondo rellena unas barras de progreso en las pantallas. Algo así como: «completando el nivel uno de fondo de arroyo». Me pregunto qué pasará en el nivel dos.

Después del ejercicio voy a la piscina, donde me entretengo el resto de la mañana, hasta que me arrugo como un nonagenario. La tarde la pierdo entre la sala de música —donde descubro que tocar el oboe no es lo mío— y la biblioteca. Tiene libros de todo tipo. Desde novela a ensayo, tratados filosóficos, novela gráfica, poesía…; hasta tienen un gran apartado de fanzines y folletos políticos alternativos. Leo muchas contraportadas y tardo en decidirme. Finalmente, me hago con un recopilatorio de *Mafalda*, una novela de Juan Gómez-Jurado y unos relatos de Roald Dahl y me dirijo a mi habitación. Podría leer en la zona de confort, pero no me apetece encontrarme con Turing. Es irónico, pero me siento tan solo que necesito estar solo.

Me tumbo en la cama a leer y se me hace de noche. Aunque es difícil saberlo aquí dentro, sin ventanas, puedo ver la hora en las pantallas. Estoy abstraído en las viñetas de Quino cuando la voz del programa me alerta:

«Hora de dormir. Tienes diez minutos para llegar a tu habitación».

—Puedes estar tranquilo, que ya estoy en ella —respondo en voz alta, pasando página.

«¿Qué ocurriría si no estuviera aquí en diez minutos?», me pregunto, levantando la mirada del libro.

La verdad es que el aviso parecía llevar implícita algún tipo de advertencia. En la pantalla aparece una cuenta atrás, lo que me

parece aún más sospechoso. Pasados los diez minutos, la puerta de la habitación se cierra y estoy convencido de que no podría abrirla aunque quisiera. Las luces se atenúan y yo me preparo para pasar una noche de mierda con demasiadas preguntas y muy pocas respuestas.

La voz me desea buenas noches con el tono de concurso de los domingos al que ya me estoy acostumbrando.

«Buenas noches, Ben. Que descanses bien. Mañana empezarán los retos».

¿Los retos?

Como decía... una noche de mierda.

# 3

Cuando son las siete de la mañana y la puerta se abre, ya hace algunas horas que estoy despierto. Ha sido una noche complicada, tengo la sensación de haberla pasado toda dando vueltas y estrangulando las sábanas.

Suenan las tres notas musicales de la mañana anterior.

«Buenos días, Ben».

Cada vez que escucho esa voz, no puedo evitar imaginarme a un hombre apuesto con los dientes de un blanco deslumbrante.

Echo un vistazo a la galería mientras las luces se encienden. Me sobresalto al ver aparecer a Turing a pocos metros de mí, atareada transportando una caja.

—Buenos días —dice con un timbre jovial.

Deja la caja en el suelo y se me acerca.

—Buenos días, Turing —digo, tratando de ser amable.

Imagino que habrá estado toda la noche trabajando en lo que sea que haga. Mover muebles y cajas, por lo que parece.

—¿Ya has puntuado tu noche? —pregunta con un deje de reprimenda, aunque presiento que ya sabe la respuesta.

—No me ha parecido importante —digo, sintiéndome repentinamente culpable.

Recuerdo la pantalla de mi habitación con el mensaje: «¿Qué tal has pasado la noche?» y la escala de emoticonos para valorarla.

—Las valoraciones son importantes —dice Turing, levantando un dedo—. De esta manera, mejorará tu experiencia.

—Procuraré recordarlo —digo, para zanjar el tema.

—¿Quieres valorar tu noche ahora? —me retiene ella, haciendo aparecer la pantalla en su abdomen.

—No, en serio, Turing, déjalo.

Me aparto de la artificial y sigo mi camino.

—Claro, Ben —dice ella, viendo como me alejo, con la cara siniestramente en blanco—. ¿Estás listo para tu primer reto? —añade, haciendo que me detenga y me gire—. ¡Qué emoción! —me anima, con un emoticono de felicidad en la cara y levantando el puño.

—¿De qué va esto de los retos? —pregunto, nervioso.

—Tu primer reto es en una hora. —Turing ve que me quedo callado y añade—: Lo pone en la planificación del día.

Señala las pantallas.

—Se han añadido nuevas funciones al programa —dice, mostrándome nuevos iconos en la pantalla de su abdomen—. Planificación del día, sugerencias, diario, juegos y valoraciones pendientes, donde podrás valorar, por ejemplo, la pasada noche. Cuando quieras.

—Sí, vale, Turing —digo, un poco abrumado—, gracias.

Me alejo de ella y dejo que siga transportando la caja.

Entro en la sala de meditación, la puerta de la cual me anima: «¡Trabaja la conciencia!» y donde supuestamente alguien quiso que constara que «Encontré las respuestas en mi interior. ★★★★» y «Mi hija era un caso perdido y desde que medita ya no toma drogas. ★★★★★».

Bien por ella.

Me acerco a la pantalla de la sala, donde, efectivamente, han aparecido los iconos nuevos de los que me hablaba Turing. Presiono el símbolo del calendario para desplegar mi planificación del día.

8 a. m. - Reto de forma física - Gimnasio.

7 p. m. - Reto mental - Sala de potencial.

Imagino que los retos serán una manera de mantenerme activo, para que no me pase todos los días en la zona de confort o encerrado en mi habitación. Así que la función de Edén y de Turing no solo es mantener mis necesidades cubiertas, quieren mantenerme sano y en forma. Al principio esa lógica me tranquiliza un poco, luego pienso en que son demasiadas molestias para una situación de corta duración. Sea cual sea el motivo —o el objetivo— de tenerme aquí encerrado, podría conllevar más tiempo del que me gustaría.

Con lo que sé hasta ahora, incluso podría ser una situación permanente.

Hago tiempo hasta las ocho explorando Edén. Se desbloquean nuevas salas interesantes a las que ayer no pude entrar. La sala de cine, con una pantalla de diez metros, una sola butaca y servicio de palomitas infinitas; el planetario, donde puedo interactuar con las estrellas y sus constelaciones; el taller, lleno de libros, telas y máquinas de coser, donde aprender a confeccionar mi propia ropa; o el planificador, una sala vacía, completamente cubierta por una pantalla táctil donde puedo anotar, hacer esquemas, guardar notas de voz y, según promete su puerta, diseñar mi plan de vida.

Un par de minutos antes de la hora del primer reto, entro en el gimnasio y aprovecho para puntuar mi anterior sesión en él, ya que veo que consta como valoración pendiente en el apartado pertinente del programa. Le pongo un emoticono sonriente. No una sonrisa con dientes, ni una con los ojos cerrados, una sonrisa normal. La que viene después del emoticono de indiferencia.

Luego valoro mi noche con una carita triste y, así, vacío el apartado de valoraciones pendientes. No dejo ningún comentario en ninguna de ellas.

«En un minuto empezará el reto de forma física».

Hago unos estiramientos mientras espero y, cuando comienza el evento, las luces de todo Edén parpadean y cambian de color. Supongo que a alguien le pareció que eso le daría empaque a la presentación, pero a mí casi me da un infarto. Antes de que pueda quejarme, la voz de las pantallas suena a un volumen ensordecedor.

«SIN MÁS DILACIÓN, SIN MÁS CONTRATIEMPOS...».

¿Qué contratiempos?

«... ¡EMPIEZA EL PRIMER RETO DE FORMA FÍSICA!».

Se escuchan aplausos y vítores pregrabados. Tomo nota mental de que quiero dejar un comentario negativo sobre los decibelios.

«EL RETO CONSISTE EN...».

Con una musiquita —estoy casi seguro de que son las mismas tres notas con que me despiertan cada día, aunque con sonido de trompeta—, aparece una lista en la pantalla. Es una rutina que empieza con veinte minutos de bicicleta y luego pasa a otras máquinas, constando el número de series y repeticiones a realizar. No es nada del otro mundo. Aunque el espectáculo sigue: las luces se apagan y solo se ilumina la máquina que me toca usar, aparece un gran marcador deslumbrante donde puedo seguir mi progreso y todo el reto va acompañado de música electrónica. Trato de no volverme loco con tanta estimulación y completo el reto con bastante solvencia.

Cuando termino, estoy sudado y satisfecho.

El programa me felicita por la victoria y me entrega una medalla virtual llamada «Novato admirable».

No sé cómo sentirme con ello.

Salgo del gimnasio para ir a la ducha de mi habitación. Por suerte, Edén vuelve a ser un lugar tranquilo y agradablemente iluminado. Esta vez no me cruzo con Turing, que estará ocupada con sus quehaceres. Me entran muchas ganas de seguirla de un lado a otro y averiguar qué es lo que hace. Quizá lo haga, más tarde.

Me sorprende el olor a comida, que rompe con el habitual, equilibrado e inexpresivo olor de Edén. Cambio mis planes y lo sigo hasta la cocina. Ayer no comí nada en todo el día y eso me resulta alarmante. Tengo que reponer fuerzas después del reto físico, así que trago lo que encuentro en el bufé pese a que no me sabe a nada. Todas esas pastas de nutrientes y hogazas de panes de distintos compuestos son insípidas, pero cumplirán con el cometido. Me pregunto si lo habrá cocinado Turing y qué pasará con lo que sobre.

Regreso sin prisa a mi habitación y en la ducha, mientras me enjabono y dejo correr el agua caliente, aprovecho para dar mi opinión sobre el reto físico en una pantalla —porque, cómo no, también hay una dentro de la ducha—. Al rato, me doy cuenta de que me he quedado empanado, sosteniendo la alcachofa de la ducha en mi pecho y pensando en el reto, en Turing y en la magnífica sala de cine. ¿Qué películas habrá? La perspectiva de huir de mi cabeza con una sesión interminable de cine resulta tentadora.

Una butaca.

El cine tiene una sola butaca.

Entonces cae sobre mí otra sentencia que dispara mi ansiedad. Queda confirmado: soy y seré el único huésped de Edén.

Cierro el pasador del agua y me quedo así, inmóvil, mientras el frío va apoderándose de mí y dejo de desprender vapor caliente.

Paso algunas horas leyendo y distrayéndome en el planetario, tumbado en el suelo, con los libros tirados a mi alrededor, porque esa es la pequeña actitud *no future* que me permito. Descubro que la estrella polar, en la cola de la osa menor, era el ojo de una constelación azteca en forma de mono llamada Ozomatli. Fascinante, supongo. Pero cuanto más intento distraerme y pasármelo bien, más aumenta mi sensación de estar perdiendo el tiempo. Una parte de mí me pide que deje de resistirme, pero otra se sigue preguntando: ¿quién eres?, ¿dónde estás?, ¿de dónde vienes?, ¿cuál es el propósito de todo esto?

Entro en la sala de planificación con paso firme y anoto en sus pantallas todas las teorías que se me ocurren. Las divido en dos: secuestro y refugio. De ellas derivan otras posibilidades, aunque no hay forma de que pueda demostrar ninguna de ellas. Caminos sin salida. Luego apunto todo lo que sé sobre mí, que resulta ser nada. Entonces escribo aparte todo lo que pone en mi perfil, que amablemente la voz del programa me ayuda a importar. Aparece al lado de mi nombre la medallita dorada de novato admirable y me siento ridículamente orgulloso de ella. Termino apuntando concienzudamente todo lo que me ha dicho Turing sobre Edén y dibujando un mapa del complejo y sus salas, incluidas esas en las que aún no he podido entrar.

Resulta que Edén tiene forma de rueda, con la zona de confort en el centro. Algunas salas cerradas se encuentran en el extremo de uno de los radios que forman las galerías, igual que mi habitación. Podrían ser otras habitaciones aún desocupadas y, aunque eso entra en conflicto con mi teoría de la butaca única del cine, pienso que, al fin y al cabo, Turing podría traer más. O arrastrarlas desde la zona de confort. Hasta que no abra todas las puertas, no perderé la esperanza.

A diez minutos de las siete de la tarde, la puerta de la sala de potencial se abre y yo entro. Puntual. Qué fácil es serlo aquí.

Es una sala pequeña, esférica. Del techo, un casco de realidad virtual cuelga de unos cables. Deduzco fácilmente lo que se espera de mí, así que tiro del casco y me lo pongo. Me quedo en silencio y a oscuras hasta que empieza el reto. Quizá es gracias a mis valoraciones del reto anterior, pero el sonido, esta vez, está mejor nivelado.

«Va a comenzar el reto mental, asegúrese de que tiene el dispositivo bien sujeto».

Compruebo el casco y sus correas. Todo parece en orden.

«El reto comenzará en diez segundos».

La emoción recorre mi cuerpo. Cierro los ojos, trago saliva y aprieto los dientes. Aunque me costaría reconocerlo, siento una gran excitación. Saco aire por la boca y desentumezco mis pies, como si me dispusiera a saltar a una piscina helada. Y la sensación que siento a continuación se le parece mucho.

Primero siento un chasquido eléctrico. No diría que lo oigo, ni que lo veo. Realmente lo siento en mi cabeza. Luego me noto frío y petrificado por unos segundos, hasta que, de repente, un hormigueo me recorre el cuerpo y devuelve el calor y la elasticidad a mis músculos. Entonces abro los ojos y, con la visión, llegan los demás sentidos y estallan en mí. Huele a arena mojada, a pino y a noche. La luna llena asoma entre las nubes negras de tormenta. Aunque estoy al límite de un acantilado que desemboca en un mar furioso de olas y viento, oigo los árboles aullando detrás de mí y la lluvia helada golpea las hojas, mis zapatos, mi pelo y mi cara.

Anochece y no hay estrellas. No hay osa menor, ni mono, ni estrella polar.

Delante de mí, frente al vacío, una mujer de espaldas con el pelo mojado y la ropa empapada. Doy un paso indeciso hacia ella y la voz del programa me susurra.

«Empújala».

# 4

Me quedo paralizado. Un rayo parte el cielo y luego se estremece la tierra con tal fuerza que puedo sentirlo en mi pecho. La mujer, delante de mí, tiembla, se abraza a sí misma y, dándome la espalda, parece sollozar.

«Empújala», repite la voz en mi cabeza.

Y lo hace con el mismo entusiasmo con que me ha dado los buenos días esta mañana. Con esa seguridad de hombre del tiempo. Con la de aquel que sabe a qué cámara debe mirar.

Avanzo otro paso indeciso, con la ropa pegada contra los muslos. La ventisca arremolinada que sube del acantilado hace que las gotas de lluvia me golpeen la cara y entrecierro los ojos para evitar los aguijones helados.

Está bien, es un juego. Un desafío. Todo es mentira. Una mentira perfectamente orquestada para generar un efecto muy real. Pero una mentira, al fin y al cabo. Otra oportunidad para conseguir una medalla. Así que avanzo la distancia que me separa de la mujer, sintiendo las rocas afiladas y mojadas bajo los pies descalzos y entumecidos por el frío. La empujaré y me darán otra medalla. Eso es todo. Un juego. Cuando me encuentro a un metro de ella, me preparo para el envite, temiendo caer tras ella si doy un traspié.

Entonces, ella se gira y me mira desde la profundidad de sus propios acantilados turquesa.

—¿Ben? —dice con alivio.

Tartamudeo algo, pero mis palabras son devoradas por un trueno. Me mira de una forma que puedo sentirme en ella. Percibir aquello que conoce de mí y notarlo cerca, al alcance de mi mano si me atreviera a tocarla.

—¿Qué haces? —me pregunta.

Y su mirada cambia, sus ojos enrojecidos se cierran, sus cejas se rinden y su cuerpo se aparta de mí.

—Yo... no... —consigo vocalizar.

«Empújala».

—¿No te acuerdas de mí, verdad? —dice la mujer, apartándose el pelo mojado de la cara.

Sé que está llorando. Pese a la lluvia y el fin de los tiempos a nuestro alrededor. Pese a la distancia y la confusión.

«Empújala».

—¿Quién eres? —pregunto con tristeza, deseando con todas mis fuerzas reconocerla.

Ella sonríe, pero no es una sonrisa de felicidad, sino una de lástima. ¿Siente lástima por mí? ¿Comprende lo que estoy pasando? Algo en su tristeza me transmite un silencioso perdón. Me está perdonando y yo no quiero eso. Yo quiero saber. ¿Qué he hecho? ¿Qué te he hecho? Dímelo, ¡grítamelo!

Las nubes desatan su furia y la lanza eléctrica que golpea el pecho de la mujer y la atraviesa, parte la roca y la arroja al vacío. Yo grito, pero el mundo grita conmigo y lo hace más fuerte. Ella cae al mar y yo caigo de rodillas. Y la lluvia cae para siempre. Y el agua me lleva.

«Desafío completado».

Me quito el casco. Estoy de rodillas y estoy furioso.

—¿¡Qué mierda ha sido eso!?

En la pantalla más cercana, el programa me entrega una medalla: «Cobardica honorable».

—¿Qué acaba de pasar? —insisto, poniéndome de pie—. ¿¡Quién era ella!?

—«Una reproducción virtual, Ben».

Mi respiración está acelerada. Ando en círculos, soltando bufidos.

—Yo la conozco.

—«No Ben, no la conoces. Porque no es real».

—¿Y tú si lo eres? —le escupo.

—«Relájate».

¿Desde cuándo me habla de esta manera el programa? Frunzo el ceño. Hasta el momento, parecía casi automatizado. ¿Desde cuándo discute conmigo de este modo?

—¿Quién eres? —grito al techo—. ¿Qué es Edén?

—«Cálmate».

Busco la hora en la pantalla y salgo de la sala de potencial hecho una furia.

—«Ben, ¿qué haces?» —me pregunta.

Lo ignoro y me dirijo a mi habitación. Por el camino encuentro a Turing, que trata de calmarme ofreciéndome abrazos y gatos, pero estoy demasiado enfadado para hablar con máquinas. Entro en mi cuarto y me dirijo a la cama. Deshago las sábanas de mala manera y saco el colchón. Pesa un poco más de lo que pensaba, pero consigo arrastrarlo hasta el pasillo. El esfuerzo merece la pena, porque estoy rabioso y con cada tirón quemo un poco de mi energía descontrolada. Parece que el programa se cansa de mí, pero Turing no tarda en aparecer, con un emoticono triste en su cara led.

—¿Tienes algún problema con el colchón? —pregunta compungida—. ¿Quieres valorarlo?

—Sí, Turing, quiero valorarlo —digo sarcástico, con la mirada enloquecida.

Dejo caer la carga y me acerco a ella, que ya está desplegando la pantalla con los emoticonos.

—¿Cómo te hace sentir el colchón? —me pregunta.

—Así me hace sentir —digo, golpeando su pantalla.

—No me ha quedado claro —dice ella, amablemente—. Debes presionar solo un emoticono.

—Así, me hace sentir —repito, golpeando la pantalla con el puño—. ¡Así, me hace sentir!

Golpeo otra vez, con fuerza, empujándola. Y otro empujón más. Turing retrocede con cada golpe.

—¿Está claro? —le digo, con los dientes apretados.

—No, Ben. Debes apretar solo un emoticono.

—¡A la mierda!

Vuelvo a arrastrar el colchón.

Turing me mira, confundida.

—¿Quieres dejar una valoración? —dice, haciendo aparecer un cajetín de mensaje en su pantalla maltratada.

—Sí, apunta —digo, mientras sigo tirando—: ¡Qué te jodan!

—Tu valoración ha sido anotada —dice ella, con un emoticono sonriente.

Tardo algunos minutos en llegar a la zona de confort. Los muebles de ayer han desaparecido. La zona ha quedado prácticamente vacía, a excepción de una hamaca blanca, una luz de lectura y un extraño sofá abultado que imagino que será el «sofá de masajes de esos que dan gustito» que me prometió Turing. Dejo caer el colchón en el centro de la sala y lo observo con satisfacción. Compruebo la hora en una de las muchas pantallas de Edén.

En el taller, me hago con algunos tintes para la ropa y pinturas y regreso. Estoy desquiciado, puedo sentir una energía crepitante recorrer todo mi cuerpo y una sonrisa retorcida en mi cara. Entonces empiezo con el estreno de la película *Ben se ha vuelto loco y va a ponerlo todo perdido*.

Óscar al mejor actor principal para Ben, en el papel de Ben.

Y otro también al mejor guion original por su desenlace sorprendente.

Gracias a todos, muchas gracias, me gustaría dedicarle este premio a Ben, por ser el único ser humano que consigo recordar.

Aplausos.

En poco menos de la hora y media que dura el metraje, la sala parece haber sufrido una estampida de unicornios suicidas. Las paredes, el techo, los cristales, la hamaca y hasta el estúpido sofá de masajes de esos que dan gustito terminan vandalizados.

Cuando llega la hora de dormir, me dejo caer en el colchón. Estoy lleno de pintura y me siento genial. He quemado toda la frustración que llevaba acumulada desde que desperté en este maldito Edén. Pero aún me queda un último desafío al programa.

«Hora de dormir. Tienes diez minutos para llegar a tu habitación».

Sonrío y cruzo las manos detrás de la cabeza. En la pantalla —en la parte que no ha sufrido una mejora pictórica—, se inicia la cuenta atrás. No pienso moverme. ¿No dijo Turing que Edén fue creado para satisfacer mis necesidades? Pues ahora necesito dormir aquí, en el maldito suelo lleno de mierda. Y lo que no necesitaba era tener que decidir si empujo a una mujer por un acantilado.

Aparece Turing y se pone con los brazos en jarra observando mi obra.

—¿Estás bien? —pregunta, con un emoticono de sorpresa en la cara.

—Vete —digo.

—Es hora de dormir, Ben.

—He dicho que te vayas —repito.

—En ocho minutos tienes que estar en tu habitación.

—Me da igual —digo sin mirarla, reforzando mi convicción.

—Debo insistir, Ben. —En su cara aparece un emoticono triste—. Lamentaría que te quedaras fuera cuando termine la cuenta atrás.

—¡Que te vayas! —grito.

La cara led de Turing se apaga y me mira, vacía y decepcionada. «Ya le pediré perdón mañana», me digo, aunque dudo que un robot pueda guardarme rencor. Ella se marcha, pero tengo la sensación de que no se va lejos.

Pasan los minutos y mi voluntad no desfallece. Cuando llegan los últimos segundos, el corazón se me acelera y los dedos tras mi nuca se agarran con más fuerza. Mi postura relajada es una pantomima, estoy más tenso que una barra de hierro.

Se acaba la cuenta atrás.

Las luces se vuelven rojas.

Y algo me dice que estoy a punto de arrepentirme de mi decisión.

El mundo se ha vuelto de un negro y rojo fantasmagórico y el silencio es tan absoluto que siento la necesidad de rascarme el cuello para escuchar algún sonido. Espero oír una alarma, una de esas estridentes, como de submarino bajo ataque enemigo, o la voz de Edén repitiendo una y otra vez un último aviso. Nada. En lugar de eso, escucho a Turing regresando e instintivamente me pongo de pie.

—Lo lamento, Ben —dice la artificial desde la galería.

Un escalofrío me recorre la espalda. No puedo verla, pero, aun así, soy capaz de notar un cambio en su energía. No me gusta.

Retrocedo unos pasos, anticipando su llegada, y resbalo con una mancha de pintura.

Turing aparece. Su cara led es roja, como un foco demoníaco. Anda lentamente, con la espalda encorvada y la calma de un depredador antes de saltar sobre su presa. Su luz me ilumina y yo me cubro los ojos con la mano.

—Ve inmediatamente a tu habitación —dice, y su voz de ancianita adorable suena tan amenazante como la de la bruja de Hansel y Gretel—. No voy a repetirlo.

Se me eriza el pelo de la nuca y trago saliva. Durante unas centésimas de segundo me rindo, empiezo a preparar una disculpa con la cabeza gacha, pero entonces escucho como el cuerpo de Turing se reconfigura. Es un sonido horrible. Suena a engranajes y huesos y termina con un chasquido parecido al amartillar de un arma. Entonces, sus puños —que ahora se han convertido en táseres— centellean y el sonido crepitante que emiten sus descargas hace que me sobresalte. Ha crecido. Sus piernas parecen más largas y su cuerpo más amenazante. Reacciono instintivamente, como si mis extremidades se movieran solas. Doy una patada a los botes de pintura y salgo corriendo por una galería a mi espalda.

Hay un Ben que corre, enfilando el pasillo como si supiera a dónde va. Pero el otro Ben, que soy yo, desearía estar en la habitación preguntándome qué pasaría de haberme quedado fuera. Veo al primer Ben, que es puro instinto y reflejos, permitiéndose una mirada a la espalda y cómo Turing se sobrepone a la pintura resbaladiza y corre tras nosotros para darnos caza. Yo, que soy la parte racional, estoy aterrorizado y dejo que el Ben superviviente se haga con el control absoluto. Los pies mecánicos de la artificial impactan en el suelo como martillos pilones. Cada vez más cerca.

¿Huele raro? Mi corazón late con fuerza y mi respiración es descontrolada y ruidosa. Por si no tuviera bastante de lo que preocuparme, empiezo a temer que esté inhalando alguna sustancia tóxica, ya que, efectivamente, huele raro. ¿Edén trata de intoxicarme? Me saco la camiseta mientras corro y llego hasta una puerta. Se abre. Menos mal.

Me precipito al interior y me agacho rápidamente para sumergir la camiseta en el agua de la piscina y cubrir mi boca con ella, haciendo un nudo en la nuca. Turing entra detrás de mí, sin prisa, consciente de que me tiene atrapado. No hay salida. Yo retrocedo, mientras el agua de la camiseta empapada cae sobre mi pecho, mi vientre y empapa mis pantalones.

—Ben —dice ella—, todo esto no es necesario. Estás exagerando.

Un chispazo de su mano manda pequeños rayos al suelo que se reflejan en el agua ondulante de la piscina. Sus brazos parecen bobinas, ronroneando por la carga eléctrica.

—¿Por qué no puedo estar fuera de mi habitación por la noche? —le pregunto, y mi voz suena amortiguada por la mascarilla antigás improvisada.

—Lo siento, Ben, no sé la respuesta —responde ella, avanzando hacia mí.

—¿Qué ocurre por las noches? —sigo, tratando de formular la pregunta de otra manera.

Turing parece meditar la respuesta.

—Readaptación, reparación, abastecimiento, limpieza...

—¿Y qué más da que yo lo vea? —grito, dando un paso hacia atrás por cada uno que ella da hacia adelante.

—Lo siento, Ben, no sé la respuesta —repite ella, y luego añade—: Último aviso. Ve a tu habitación. Pórtate bien.

—¿Y quién tiene la respuesta? —pregunto, débil y asustado.

«Ya basta, Turing».

La voz del programa suena extrañamente lejana y distorsionada. Cuando noto mi cara pesada y mis conexiones mentales em-

piezan a flaquear, entiendo que el problema soy yo. La certeza llena mi pecho de terror, pero se evapora casi al instante en un gran vacío de insensibilidad. Y no queda de él más que un eco remanente. Mis rodillas tiemblan y cada vez me cuesta más mantener los ojos abiertos. He respirado demasiado gas y me desvanezco.

«Nosotros nos encargamos», creo escuchar.

Ya no siento la camiseta mojada en la boca, ni el suelo húmedo, ni oigo mi respiración. Pierdo el conocimiento y caigo por el acantilado. La ventisca helada trata de golpearme, pero me protege un aura de insensibilidad que me hace refulgir como un cometa. Caigo a la piscina y me sumerjo en un mar rojo y negro. Donde se ahogó alguien que conocía mi nombre.


## Sigue leyendo esta historia en tu formato favorito